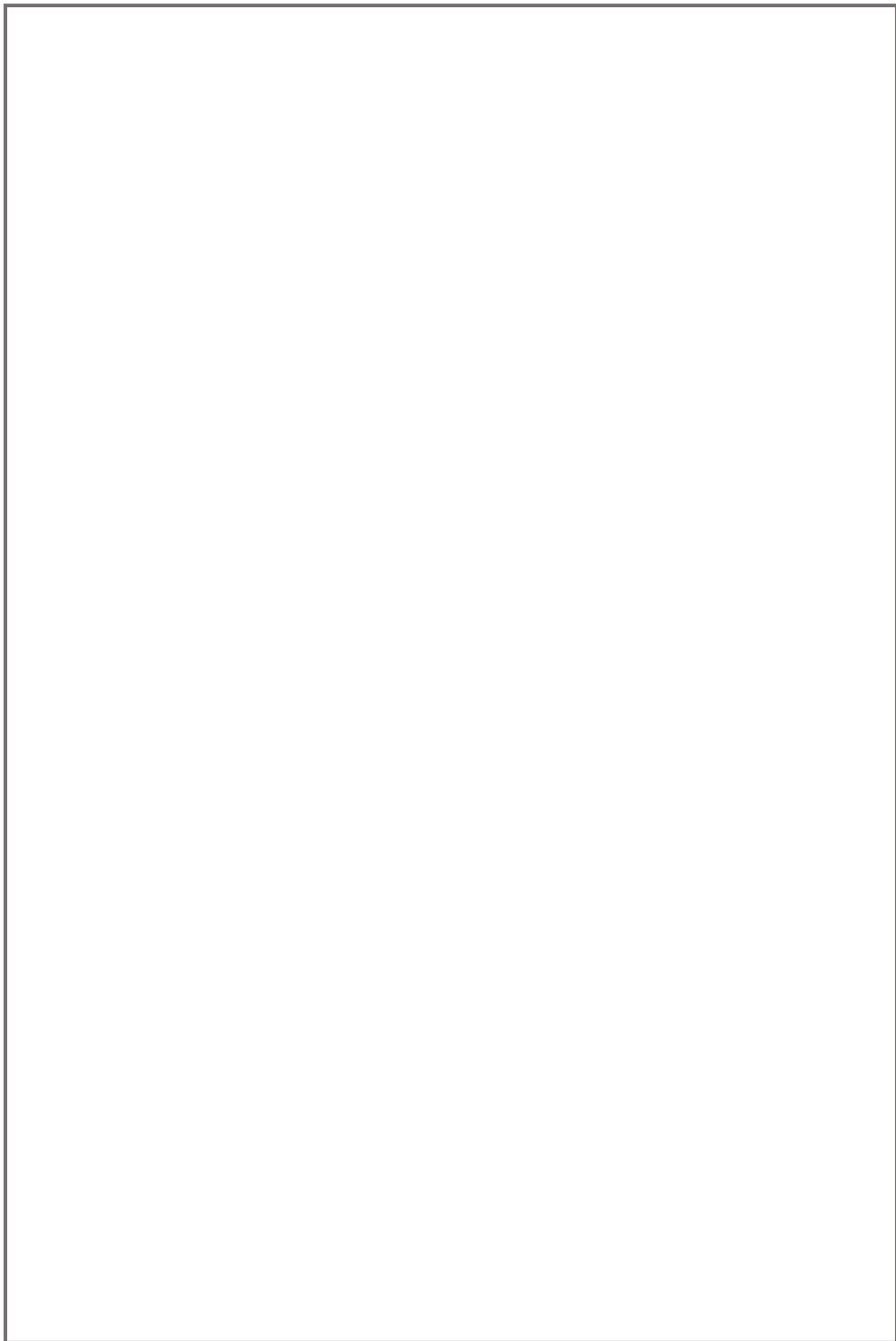


REMINISCENCIAS

Luis Ernesto Ospina Camargo



UN POCO DE HISTORIA PERSONAL

Mi nombre es Luis Ernesto Ospina Camargo, nací en el corregimiento el Naranjal, municipio de Bolívar, Departamento del Valle del Cauca, en julio 21 de 1938.

Durante muchos años no tuve una identidad propia, ya que fui bautizado con los apellidos de mi mama, por cuanto mi papá no quiso darme su apellido: Luis Ernesto Camargo Martínez, mi mama se llamaba Herminia Camargo Martínez, hija de Moisés Camargo y Concepción Martínez.

No supe, nunca quise averiguar, como o porque llegué a la casa de mis abuelos paternos Fernando Ospina y Tulia Cuervo, ellos me criaron desde que tenía 50 días, al menos eso me dijeron.

Como a mi abuela Tulia no le gustó el nombre que traía, me llamo Néstor, con los apellidos de ellos, es decir NéstorOspina Cuervo, así fui conocido oficialmente hasta que terminé bachillerato.

Gran problema para mí, mi papá me había reconocido y en el registro civil y en la fe de bautismo figuraba como Luis Ernesto Ospina Camargo, también un problema para todos los que me conocían como Néstor, muchos de ellos me siguen llamando igual.

Es de aclarar que, en mi sentir, realmente no tuve ni mamá ni papá, solo unos abuelos que fueron mucho más que eso para

mi, siempre se me hizo sentir, por lo menos en los 10 primeros años de mi vida, como si fuera el hermano menor de mi papá Octavio y de mi tío Fernando.

A pesar de conocida la situación en relación con mi origen, nunca me interesó saber la verdad con relación a mi mamá, y mi papá, ni porqué me entregaron a mis abuelos para que me criaran.

Al parecer, algunas veces pude haberme cruzado con mi mamá o con algún hermano en mi trajinar por Primavera (otro corregimiento de Bolívar Valle), en alguna ocasión cuando nos tocó salir huyendo de la finca, eso me lo contaron luego, en el jeep que nos llevaba de La Primavera a Bolívar, iba también mi mamá.

En otra oportunidad, estando de vacaciones en la finca, me encontraba en el campo con los trabajadores cuando se arrimó a saludarme un muchacho, parecía menor que yo. Yo ya lo había visto en Tuluá alguna vez, estando jugando billar en el café Monteblanco. Después de que se fue, uno de los trabajadores se me acercó y me preguntó si yo lo conocía, y de donde, le comenté lo de Tuluá y el después me dijo que era hermano mío, estos son recuerdos que están guardados muy dentro de mí, y en ocasiones aparecen. Nunca quise averiguar más.

Como puede inferirse de lo anterior hay dos cosas que me han sido difíciles de lograr, una identidad y una familia. Durante muchos años conocido como Néstor Ospina Cuervo y perteneciente a una familia en la cual mis padres eran realmente mis abuelos, y mis hermanos eran mi papá y mi tío.

Por el lado de mi papá quien formó una familia, por diferentes circunstancias se me negó la posibilidad de formar parte de ella. Por el lado de mi mamá lo único que sé es lo narrado anteriormente.

Es decir, para mí, una familia como vínculo de sangre realmente no existió, la que me dieron mis abuelos desapareció con su muerte.

Afortunadamente el destino habría de darme una gran familia, no por vínculos de sangre, sino por vínculos de aceptación, comprensión y sobre todo amor. Al interior de esta familia pude formar la mía, lo cual constituyó algo así como mi redención, mi esposa, mis hijas, mis nietos y mi nieta.

Yo pude haber utilizado la frase hoy de moda:

Usted no sabe quién soy yo.?.....

Yo tampoco.

Reminiscencias

UNA ENSEÑANZA DE VIDA

Cuando yo tenía unos seis o siete años, vivía en la finca “San José de la montaña”, que era de mis abuelos.

En la finca en forma habitual se encontraban 4 o 5 trabajadores, algunos de ellos no solo trabajaban, sino que vivían allí, entre ellos se encontraba un trabajador llamado Agustín.

Una tarde casi a las 5 p.m. Agustín se encontraba comiendo, después de haber cumplido su jornada laboral, cuando me le acerque con el fin de pedirle que fuera a ayudarlo a mi abuelo, quien aún se encontraba realizando un trabajo, y requería su ayuda.

Agustín tan amable como siempre, dejó de lado su comida, y salió inmediatamente a ayudar a mi Abuelo en la labor solicitada, una vez terminaron su trabajo, nuevamente sesentó a la mesa, y terminó de comer.

Habiendo acabado su cena Agustín se dirigió a mi abuelo y le solicitó su liquidación, informándole que a partir del momento ya no trabajaría más con él, quedamos muy sorprendidos con esta noticia, y mi abuelo quiso saber cuál era el motivo para esta decisión tan radical y repentina. Su respuesta se dio, más o menos, en los siguientes términos:

“Para mí la hora de la comida es sagrada, y no acepto bajo ninguna circunstancia que me sea interrumpida”

A pesar de los múltiples intentos de mi abuelo por evitar que se marchara, no fue posible hacer que cambiara de opinión, le entregó su liquidación y Agustín se fue al día siguiente.

Este episodio que a pesar del tiempo no he podido olvidar me dejó dos enseñanzas que aún guardo entre mis principios:

Una es la importancia de conocer y respetar los valores de las personas con quienes trabajamos,

Y la segunda, que la hora de la comida es sagrada y no debe ser interrumpida...

PRIMER AÑO EN LA CIVILIZACIÓN

Pienso que mi niñez fue casi igual a la de cualquier chico de mi generación, que le hubiera tocado vivir las situaciones y en los lugares que me correspondió vivir.

Viví en la finca hasta los ocho años, a esa edad mis abuelos decidieron que nos trasladaríamos a Roldanillo, donde según recuerdo, vivíamos en una gran casa con árboles frutales, y un camino empedrado por donde entraban los caballos que llegaban de la finca.

Allí asistí por primera vez a la escuela, mis mayores recuerdos de esta época fueron: la muerte de mi profesor por una enfermedad repentina y que nos privó a todos los estudiantes de un excelente maestro, y mi amistad con Edgar Cardona, un chico de la escuela, vivía frente a mi casa, y quien junto con sus dos hermanitas eran mis compañeros de juego y de comitivas (para los que no lo saben, jugar a la comitiva implicaba preparar comida entre todos, y para todos).

Quince años después me encontré con Edgar en la estación del tren en El Zarzal, a pesar de haber pasado tanto tiempo, logramos reconocer en el otro al compañero de infancia, y